



# TABLON DE ACONTECIMIENTOS

## EL DIASPARAGMOS DIONISIACO-CALLEJERO.

**PATRULLEMOS HERMANOS, PATRULLEMOS. UNIDOS  
PORQUE HAY UNO QUE NOS UNE. PATRULLEMOS. HA  
LLEGADO LA HORA DE LA GRAN RECONCILIACION.  
RESCATEMOS UN SIGNO DE LAS VESTIDURAS DE LAS  
VICTIMAS PARA FUTUROS MEMORIALES.**

Nadie mejor que Esquilo puede expresar las formas de la violencia derivada de la "unanimidad colectiva contra" en el seno de la ciudad. Solo el "Tophet público" de Job se le asemeja. Todos contra el justo inocente al que todos creen culpable. Desde los amigos hasta el dios de los amigos.

Las Erinias simbolizan el odio y la venganza colectiva. Tras cada uno de los tributos sangrientos "fecundan", gracias a la unanimidad el júbilo y el amor, convertidas ya en Euménides.

*Que gozos se intercambien //  
en un común amor//  
que el odio sea unánime//  
un gran remedio es este entre los hombres.( RAHP 178.)*

Desde Platón a Heidegger todos los **pastores** del ser de la violencia encubren complicemente al lobo disfrazado de cordero entre los corderos.

Unanimidad colectiva contra lo que sea para salvar lo poco que queda de la cohesión social, de la solidaridad, aunque sea de forma sangrienta. Hay que buscar un chivo expiatorio como sea. Para conseguir la catarsis aristotélica, la "pharmacia" platónica a cualquier precio, nada mejor que una buena víctima, un rápido proceso que no permita verificar culpas, una elección estereotipada que no admita

dudas —la multitud no puede dudar, un grito unánime, un aplauso en principio caótico luego atemperado, cadencioso— y ya tenemos el resultado esperado.

El canto del ritual de investidura real del Moro-Naba entre los **mossi (Uagadugu)** expresa una dinámica de salvación que solo una víctima propiciatoria permite descifrar:

*Tú eres un excremento//  
Tú eres un montón de basura//  
Tú vienes para matarnos//  
Tú vienes para salvarnos.( VS 115.)*

Quién le iba a decir a Theuws que su recogida de versos entre los zaireños iba a ser 30 años después la fotografía familiar de un marginado de los 90.

Nada mejor que una víctima apropiada para que unidos todos por la misma mancha roja, cubiertos todos por la misma vergüenza, se acallen el resto de las desavenencias, se olviden el resto de las deudas de la comunidad.! Cancelemos las cuentas pendientes, celebremos una fiesta!. Y cómo se puede hacer eso en esta tierra sin inmolar algún cordero, cerdo, pavo, toro o humano raro. La comunión de la fiesta la trae la participación en un mismo festín, comida ritual. ¿A quién nos comemos?. Toros embolats, tomataadas, diablillos apaleados en las fiestas del valle del Jerte, pero y en las grandes ciudades...¿con quién desahogo mis frustraciones, con quién conmutó mis penas, con qué pago mis deudas sociales, cómo me reconcilio con el vecino a quién odio, de quien recelo y a quien juzgo?.

Oh divina sabiduría. Y “divina” es lo nunca mejor dicho, porque algunos hasta la relatan como querencia de la justicia humana (ajusticia-miento) sabiendo muy bien lo que dicen. VOX POPULI, VOX DEI.

Y qué dice este dios hegeliano que es la comunidad de los hombres. “Mi justicia está entre vosotros, escuchadla como brama”. Zaratustra, el profeta del dios de la nueva era, no se oculta tras los truenos, sino tras las palabras, las pancartas, los pareados. El dios del nuevo hombre, el superhombre, se agazapa tras los matorrales de las hordas callejeras. Violencia, muerte, castigo, para los que son diferentes, para los pobres miserables, los resentidos que me recuerdan con sus rostros desvaidos, con sus harapos, lo que soy en lo más íntimo de mi mismo.

Está en el ambiente, todos lo saben, todos están implicados, pero nadie se lo confiesa a nadie. En el interior todos callan, asienten. La justicia del dios de la nueva era habita encarnada dentro de todos y cada uno. Los sacrificios que él requiere, que él exige insaciable, se preparan. Lo primero y más importante es elegir bien la víctima. Elegirla bien es hacerlo arbitrariamente, no importa, por doquier hay chivos expiatorios. Chivos que han hecho públicamente lo que otros

hacen de una forma u otra ocultamente. Ingenuos, pensaron que una sociedad que se dice tolerante y liberal iba a pasar por alto una oportunidad de descargar los fardos de sus culpas que tan celosamente guardan, para las grandes ocasiones, saturnales, carnavales y ahora, las fiestas vecinales de guardar.

Es fácil, cada cual tiene su propio chivo expiatorio en el corral engordando para la gran fiesta.

Siempre hay algún ser inferior a otro sobre el cual imponer las manos con unción, descargar nuestra basura en su lomo y seguir andando disimuladamente.

Una revelación que esta en el aire los pone en evidencia. Niños maltratados-sobreprotegidos, un sin fin de los raros-normales, diferentes-iguales, los que viven en los límites-márgenes de los muros de la ciudad y los que viven en el centro, mujeres acosadas-acosadoras, obreros en paro-movimiento, ancianos en celdas-residencia y jerontócratas. Todos, los unos y sus dobles, forman un círculo hermético de acusados y acusadores, de chivos expiatorios los unos para los otros, como un reino dividido contra sí mismo.

Una cadena sin fin de violencia se ciernen sobre la tierra. Los linchadores, los kkk, los skins, los hooligans, los jueces del terror, los neos-x, las amas de casa, los gitanos, los ricos, los pobres, los hermeneutas, y los hermeneutados, todos preparan su gran hora. SIN DARSE CUENTA. No son conscientes, solo ejercen sus mil y un justos derechos. Internamente todos esperan la gran hora, la gran bacanal, el diasparagmos, la gran catarsis religioso-festiva, la gran adoración nocturna del superhombre, los cuencos de sangre para la aspersión y la cremación, las piras repletas de leña, las vestiduras blancas, incolumes, de los sacerdotes de la Gran Etica “Polis”-teista.

*Oh Dionisos, cuanto tardas.//  
¿Hasta cuando tendré que soportar//  
el vacío que siento en mis entrañas?.  
Todas mis vísceras claman venganza.//  
¿Quién si no tu encontrará la víctima adecuada?./.  
Date prisa en socorrernos,//  
traenos un ara en cada casa, en cada calle, en cada ciudad,//  
corre, que fallecemos de angustia, por el día que nos oprime,//  
que no aguantamos más.*

Escríbela en las palmas de tu mano, en las puertas, en las jambas de tu casa, en la frente, díselo a tus hijos, y a los hijos de tus hijos, si te da tiempo.

Ese día no habrá juicio sobre la tierra, las acusaciones serán unánimes, por aclamación. Dará lo mismo quiénes sean las víctimas si buenos —si malos, si torpes, si

virtuosos deportistas, si pueblos, si exilados, si emigrantes, si autóctonos, si razas enteras, si híbridos disueltos, si creyentes de un bando o de otro—. Los vestidos refulgirán como el rayo, todos vestidos de blanco. Se hará la luz en toda la tierra, porque el chivo, el Gran Chivo fue la Tierra Entera. Un hongo inmenso, en forma de celestial altar, plagado de las injusticias razonadas —de justicias pasionales, lleno de las reivindicaciones justas— de silencios de impotencia, repleto de causas contra y a favor, de sentimientos buenos-malos, sirvió para sacrificar con su fulgor la bestia emisaria que en su culpable inocencia nos dio a luz a todos y a cada uno. Todo quemado, el ritual perfecto. Quien levantó el cuchillo también se inmoló. La humanidad consumó su proyecto.

Todos juntos, unánimemente; dioses del Olimpo y rastros mortales unidos en una sola fe se fueron al infierno después de mil interesantes vicisitudes, de miles de años de éticas, de ideas, de recursos tapa-agujeros. Nadie quedó para encender una vela y poder ver que todo estaba dicho. “Conviene que muera uno solo”, para así ser todos reconciliados. Por lo menos el objetivo final se consiguió: nos reconciliamos con la nada, solo que no hay nadie para contarlo.

P.D:

En Job se encuentra la respuesta a la persecución, al linchamiento de la comunidad injusta, representada en los amigos y en la idea de un dios retributivo (el castigo para los malos y el premio para los buenos). Pero según él y toda la tradición escrituraria no hay un solo hombre justo frente a Dios, por tanto nadie puede arrebatarse a Dios la ejecución de la justicia.

Esta es la cuestión: el hombre que se cree justo y se convierte en juez de sus hermanos será medido por ellos mismos con una violencia igual o mayor. La historia lo demuestra, los vencedores hoy serán los derrotados mañana. Un devenir de venganzas interminables. Una cadena de chivos expiatorios.

Dios sabe del sufrimiento del hombre, pero era el calculado riesgo que debía correr para que el mundo fuera auténtico, libre, perfecto en su inacabamiento.

La actitud de Job es equiparable a la del que pretenda enfrentarse a los acontecimientos de nuestro tiempo desde el espíritu bíblico:

— Defenderse de la tentación de imputar a Dios sus males. No se escandaliza del mal. Relativiza su poder ante el poder de Dios.

— Aplazar, remitir la justicia a Dios. Lo cual no significa abandonar el intento de dignificar el mundo, sino abandonar el intento de sobrecargar el mundo de arroyos sangrientos.

Toda obra humana para ser digna de Dios ha de versar sobre el amor y en el amor es siempre primero el otro, no el yo. Si el primero soy yo, entonces hay que comprometerse con la justicia y ésta es siempre violenta.

La justicia del justo está expresada definitiva y exhaustivamente a la vez:

— Job es justo no porque pueda aportar méritos en la discusión acerca de su justificación, sino porque no duda del amor de Dios; se ajusta a que los acontecimientos son voluntad de Dios. ¿Y quién es el hombre para escrutar los designios de Dios?

¿Cual sería la actualización de Job ante nuestro problema?:

— Identificarse con los marginados porque no son “malos”, son “cautivos”, engañados.

— Desvelar que los amigos —vox dei—, que patrullan para hacer cumplir la justicia, son linchadores —vox populi—, (y, qué amigos: son como los torrentes, dice Job, llenos de agua, ruidosos y abundantes en invierno —cuando no hacen falta— y secos e inencontrables en verano —cuando son absolutamente necesarios—), son como lobos ávidos de corderos:

— sólo quieren **descargar** su culpa.

— linchan a otros por no lincharse unos a otros y a sí mismos.

— sólo buscan hacer retórica de su aburrimiento y frustraciones, de su dolor, de las ramificaciones del sufrimiento por miedo a enfrentarse con la raíz.

— las razones son espúreas; son una excusa. Las acusaciones son infundadas, estereotipadas. Son expresión del pánico del hombre débil, desvalido, inseguro, enfermo, temeroso de todo, “resentido”, desconfiado, al que solo le han enseñado a defenderse agrediendo.

— las víctimas son hoy los enfermos, mañana los gitanos, después los marroquíes, luego los niños, los ancianos, los que no se pueden defender, o todos a la vez.

Job nos desvelaría que el derecho es impotente cuando la raíz profunda de este mal social no está “fuera de”, en el otro, sino que arraiga en el corazón interior de cada hombre.

Por más que intentes sujetar las hojas para que no caigan de los árboles, el

otoño se muestra implacable. Hacer germinar la savia con una palabra de reconciliación, unilateral —no hay diálogo posible que no sea redundancia y resistencia—, y después, esperar pacientemente a que la primavera haga justicia sin violencia, es la mejor propuesta. Salva de la indiferencia tanto como del moralismo, de Zaratus-tra tanto como de Prometeo.

Nadie, excepto la Biblia, menciona directamente a las víctimas como tales. Nietzsche lo hizo pero sólo para abrumarlas, para hundirlas en el “resentimiento”, o en la denuncia de su impotencia. Y nadie, excepto la Biblia, cree que la violencia no puede solventarse con la violencia. También es cierto que la venganza interiorizada, reprimida, de los cristianos, que se dicen tales a sí mismos sin querer enterarse de qué va la esencia de la Buena Noticia, es algo terrible para los que quisieran ver una actitud casi nueva, auténtica, en los seguidores del fundador paradigmático de la no violencia, de la no resistencia al mal. Pero aunque no es excusa, una nube no puede apagar al sol, sólo eclipsarlo por un momento.

---

**Angel Barahona Plaza.**  
**Profesor de Bachillerato**  
**del I. E. Mounier.**